

— Repito que de la muerte y de la inmortalidad vengo á departir contigo.

— El alma sube y el cuerpo baja.

— Yo quiero hacer, Locusta, de un mortal un inmortal.

— Comprendo. No debes decirme nada más. Lo comprendo todo.

Y Locusta levantó los ojos y los brazos al cielo. Después de haber levantado los ojos y los brazos al cielo, derribóse por tierra y empezó á darse golpes con la cabeza en el pavimento y á hacer gesticulaciones como de verdadera epiléptica. Tras esto dió tres soplos en su lámpara, los cuales, en vez de apagar, avivaron su luz. Después de haber dado tres soplos en la lámpara, cogió una pata de ternera é hizo tres círculos en el aire; después de haber hecho con la pata de ternera tres círculos en el aire, se arrodilló tres veces sobre una piedra con letras cabalísticas grabada; después de haberse arrodillado tres veces sobre una piedra con letras cabalísticas grabada, dió tres saltos en el aire que parecían como tres revuelos; después de haber dado estos tres revuelos, pronunció tres palabras mágicas, y después de haber pronunciado estas tres palabras mágicas, se quedó inmóvil y rígida como una verdadera estatua. ¡Parece imposible que gentes tan ajenas á todo escrúpulo como Vitelio y Agripina, pudiesen presenciar todas aquellas farsas sin soltar el trapo á reír y tomarlas á chacota, parece imposible! Pero así eran las gentes y así andaban los ánimos. Vitelio, desde un rincón, miraba todo aquello con terror; y Agripina, en aquellos ejercicios, tomaba como Locusta parte, siguiéndola, cual si también ella ejerciese de maga y quiromántica y teurga. Mas, tras todas estas ceremonias de una endiablada liturgia; interrumpida la inercia que había petrificado á la móvil hechicera por algunos momentos; recobrado el fulgor de los ojos que parecían extintos, y vuelto el pecho á sus resuellos y á sus ronquidos la garganta, preguntó, sacando las frases de una ronquera siniestra y con esfuerzo:

— Antes de hablar, ¿deseas ver algo que te interese?

— Deseo ver unas tablillas que mi esposo ha encerrado, esquivándose de mis miradas, en sus particulares alacenas ocultas.

En cuanto Agripina expresó tal deseo, hizo Locusta que se asentara sobre un almohadón, y sentada ya, la miró de hito en

hito con fijeza, tocándola con una varita de acero la frente, hasta que la emperatriz se quedó en profundo sueño absorta y dormida. Puso Locusta el dedo índice con imperio en sus labios para que Vitelio no se moviese ni hablase, y por un cuarto de hora seguido imperó en aquella misteriosa región un profundísimo silencio. No parecía que la emperatriz durmiese; parecía que hubiese perdido toda vida. Ni la respiración se oía. Ningún movimiento tenía, ninguna señal de vida y ser daba en aquel profundísimo letargo. Locusta miraba con toda serenidad y alternativamente al rostro de Agripina y al reloj de arena colocado sobre una de las mesas. Apenas habían transcurrido quince minutos, cuando dió grande clamor, á cuyo estruendo la dormida se despertó, y se agitó como á la ráfaga de una tempestad el testigo de aquella escena, el senador Vitelio. Apenas despierta, como si estuviese fuera de sí, echó á correr en todas direcciones Agripina, dando vueltas y más vueltas de un lado para otro, como si quisiera buscar á alguien ó algo y de alguien ó de algo huir. Vitelio hubiera querido preguntar la causa de tal carrera; mas Locusta lo retuvo con tanto imperio en su gesto silencioso y le dirigió una intimación muda tan poderosa, que se quedó inmóvil y fijo en su sitio. Después de haber corrido desde un lado á otro la emperatriz y de haber mostrado en sus gestos, ademanes y actitudes una grandísima extrañeza, dejóse caer sobre los almohadones donde había dormido aquel brevísimo espacio, meditando en profunda y reconcentrada meditación.

— Permíteme — dijo Vitelio al cabo de cierto tiempo — que interrumpa y corte tu silencio.

— Estoy aún fuera de mí por causa de lo visto en sueños.

— ¿Qué has visto?

— Pues he visto la confirmación evidentísima de cuanto yo sospechaba.

— ¿Qué sospechabas tú?

— Que tras tanto prometer y jurar Claudio, había desheredado á Nerón y mandado á Británico su corona.

— Y ¿lo podías dudar?

— No puedo ya dudar.

— Desde que no lograste separar de Narciso á tu esposo, preveía yo tal caso.

- En verdad hice todo lo posible para conseguirlo.
- Y no habiéndolo tú alcanzado, tan poderosa en el ánimo de Claudio, nadie lo alcanza.
- Nadie.
- Narciso mató á Mesalina, creyendo reinar en absoluto sobre Claudio, y por ende sobre Roma.
- Pero me interpose yo, y perdió el omnímado influjo, aunque guardara y retuviera una grandísima parte.
- Desde aquel día no ha descansado un momento ni un minuto.
- Persiguiéndome como si fuese yo Mesalina, y pugnando por que todo sucediese cual si en realidad no hubiera Mesalina muerto.
- Tienes razón; porque de haber vivido Mesalina, su poder no llegara, no, allende de recabar la corona del mundo á su Británico.
- No ha descansado un punto hasta recabar ese logro.
- Y necesita para proceder así muchas agallas, porque Británico habrá de pensar en el desagravio de su madre algún día, y para desagraviarla, no habrá de hallar otro medio más propio que ofrecer la inmolación de aquel que, no solamente movió el ánimo de Claudio á decretar la muerte de Mesalina, sino que, olvidado éste de su decreto, mató él á la mujer casi perdonada.
- Pues, con eso y con todo, esta es la hora en que, puesto á servicio del hijo de Mesalina, el tal redomado liberto ha conseguido que Claudio declare su heredero á Británico en perjuicio de Nerón.
- Y no hay que divertirse y recrearse con ilusiones mentidas.
- La exaltación de Británico, no sólo significa el marro de todas las esperanzas puestas por nosotros dos en un próximo reinado de Nerón; significa también nuestra muerte inmediata.
- No se contentarían de seguro con desterrarnos á cualquier isla; nos desterrarían al orco.
- Y no estamos para permitir que nos maten á manera de las reses entradas con toda resignación en el matadero.
- No, moriremos luchando á guisa de leones.
- Moriremos matando.
- Y si matamos á tiempo, no moriremos.

- Precisa matar.
- ¡Pues á matar!
- ¡Locusta! - gritó Agripina dirigiéndose á la maga, que se había quedado en un rincón al paño durante todo este coloquio.
- Señora - dijo con toda la humildad Locusta, encogiéndose y acurrucándose, como si quisiera desaparecer ante tanta majestad y grandeza.
- Necesito un veneno sutil que pueda mezclarse á una comida succulenta.
- Lo tendréis.
- Necesito que no haya contraveneno alguno bastante á contristar tal mortífera substancia.
- No lo habrá.
- Necesito que, tomado y absorbido el veneno, ningún remedio contra sus estragos se halle por ningún rincón en el mundo.
- No se hallará.
- Necesito tener yo espacio suficiente á disponer todo lo necesario para que Nerón suceda y herede á Claudio en el espacio que medie de algún modo entre que absorba éste su veneno y reviente, como deseamos, el cuitadísimo.
- Tú no tienes más que mandar, Agripina, y no tengo yo más que obedecerte. Yo soy la retorta en que las substancias corrosivas se mezclan; yo soy el pomo donde se guarda el veneno; yo soy como un ingrediente que penetra en la homicida mixtura: la voluntad, que lo propina, eres tú. Hágase tu voluntad entera.
- Y con estas palabras creyó haber Locusta descargado su conciencia.
- Ya sabes que Claudio tiene fama de comilón.
- Y de bebedor también.
- Ya sabes que se atraca como un cerdo.
- Vamos, se necesita un veneno tal que parezca muerto de indigestión.
- Has adivinado todo mi pensamiento.
- Lo pondré por obra.
- Claudio gusta de las setas como el manjar de los manjares.
- Lo sé.
- Por consecuencia necesario en las setas mezclar tus filtros.

— A las setas no se mezclan de modo alguno con tanta facilidad como á las salsas.

— Pues mézclalo á las salsas.

— Serviráse una cantidad enorme del apetecido manjar en su plato y lo empapará en el condimento agradable con que siempre lo ha devorado.

— ¡Justamente! No te olvides que precisa contar con tres personas.

— Ya lo sé: con el médico y con el cocinero y con el gustador.

— Sobre todo con este último, llamado así porque cata los platos antes de que los coma el emperador en prueba de que no traen substancia nociva ninguna en sí.

— ¡Perfectamente!

— Y al gustador le ordenaremos deje intactas las setas, que puede probar, desvaneciendo así toda sospecha de Claudio, si la tuviese, y mezcle á la salsa con diligencia y cuidado el veneno.

— Todo eso lo podéis hacer, con tal que pronto lo hagáis.

— En seguida será el festín — dijo la emperatriz.

— Si tardas, estás perdida, porque puede volver Narciso, y vuelto Narciso, no hay medio de hacer nada.

— ¡Ya lo creo!

— Parece la sombra del emperador: por tal modo se pega y se une á él para preservarlo de todo mal y defenderlo en todo evento. No saldría plato á la mesa que dejase de ver y examinar él. No pondrías el veneno en la salsa de las dichas setas sin que hiciese beberse la mitad él por fuerza y con imperio al cocinero, al gustador, á todos los sirvientes. Narciso duerme como un perro á la puerta del cubículo de su amo. Narciso vela y vigila su viejo como una cariñosa madre su chicorro. Narciso se bebe las copas y se traga las viandas cuando teme que puedan contener algo nocivo á Claudio. Porque se ha ido él, hemos llegado hasta el subterráneo este. Si estuviera en la corte y no en los baños, de cada piedra se levantara una voz delatándonos y á cada paso una sombra surgiera que tras de nosotros se echara y dijera en todas partes cómo habíamos venido aquí á preparar un envenenamiento y á matar á cualquier gran personaje. Apresuraos, pues, al arreglo minucioso

de vuestro plan, porque, no terminándolo en seguida, corréis peligro de no consumarlo, quizás de no ponerlo por obra.

— Cuanto deseéis — dijo Locusta — se halla por completo á vuestra disposición. Como hay quien se ha ido á Egipto para estudiar la vida, heme ido yo para estudiar la muerte. Yo tengo una ánfora, que ha guardado el veneno secular, muy semejante de suyo á las que guardan el vino añejo. Y así como hay ánforas de Chipre y de Salerno que basta olerlas para emborracharse, hay ánforas de antiguo veneno que basta olerlas para morir. Una tengo yo.

— No quiero la muerte con tales prisas y precipitaciones. Yo quiero cierta lentitud que me permita prevenir todos los acontecimientos y calcular todas las eventualidades. Nada de respirar ánforas; veneno que penetre por la boca y ofrezca espacio al apercebimiento y arreglo de la sucesión imperial.

— Te digo cuantas clases de venenos poseo para que optes por el más conveniente á tus designios. La Caldea posee un beleño cuya savia reconcentrada en pomo de ámbar y difundida en las venas por la picadura de cierto áureo aguijón, parecido á los aguijones de misteriosísima serpiente, difunde por las venas un vapor el cual os trae profundos sopores y tras ellos la muerte.

— Yo he leído — dijo Agripina — en varias biografías de Cleopatra un conjunto de ponzoñas y venenos que le propusieran para escoger ó elegir su muerte. En los días del mes Epiphi, á la hora en que las aguas del Nilo suben, llevando sobre sus crecidas el flotante simulacro de Isis envuelta en su estrellado manto, después de haber escrito con el dedo pulgar cabalísticas señales en el pecho y haber invocado á las diosas generadoras de toda voluptuosidad, se compone dentro de una cazoleta fundida en oro nubio filtro hecho con hojas de cáñamo y pistilos de verbena, el cual procura un transporte que al fin y á la postre os granjea una verdadera inmortalidad en rápido paso desde nuestro mundo de la eterna muerte al mundo superior de la vida eterna.

— En el Nilo — dijo Locusta — por lo mismo que la inmortalidad se respira en todas partes, la muerte se respira también. Hay flores que la guardan en sus corolas como si fueran un pomo de veneno. Hay serpientes, como la úrea, cuya lengua se agita y esgrime urgándola, para que pique y difunda por los poros de nuestros huesos

y por las fibras de nuestras carnes el perdurable beleño de la muerte. Por eso los ojos de la serpiente son sagrados cual estrellas de la eterna noche, y su cabeza forma un disco tan litúrgico cual pueda serlo cualquier patena de un altar colocada por manos hieráticas al pie de las efigies y de los simulacros del Dios más idolatrado y más obedecido. Y hacen bien prestando culto á todo aquello que procura y trae la muerte. Así como el recién nacido tiene un cordón umbilical visible que lo liga con el seno de su madre, tiene á su vez el recién muerto un frontal cordón invisible que lo liga con el seno de su eternidad. Así como es distinta en el mundo la entrada en cualquier parte si entráis con el pie derecho ó si entráis con el izquierdo, es distinta la entrada en el mundo sobrenatural si entráis por la puerta de tal muerte ó si entráis por la puerta de tal otra muerte. Yo supongo que tú querrás una entrada triunfal de Claudio en la eternidad. Y si la quieres, no pudiendo darle muerte por la respiración, temerosa de que sea demasiado súbita, dásele por la nutrición, que será lenta, pero no sobradamente dolorosa y menos seríalo más de temer y rechazar, á los dioses repulsiva, como tantas otras; pues si lo fuera, podría impedirte que ciñeses á tu marido, como deseas, la corona de una verdadera divinidad en las cumbres altísimas del Olimpo.

— Pues dame — dijo Agripina — el veneno que debe tomar por la boca y que lentamente acabará con él.

— Tómalo — exclamó Locusta entregándole un reducido pomo.

— He oído — añadió Vitelio — cantar el gallo, y fuera peligroso detenernos en este sitio allende la madrugada.

— Todo podría descubrirse — dijo con anhelo Agripina. — Vámonos, vámonos.

Y la emperatriz se iba lentamente, haciendo signos cabalísticos, para que los dioses la libertasen de los maleficios hechos por Locusta que fulminaba ella sobre los demás. En el camino conjuró á Vitelio, rogándole que inmediatamente viese al médico y lo llevase á su presencia, todo antes del próximo amanecer. Urgía realizar el proyecto, á causa de la muy aprovechable ausencia de Narciso. Y había que matar á Claudio, incapacitándolo de advertir el preparado golpe y de huir el bulto por ende. Mientras fué con Vitelio desde los subterráneos, donde vivía presa Locusta y estaba

oculto el horrible laboratorio suyo, á las estancias imperiales; y ya en las estancias imperiales, mientras Vitelio iba en busca de Xenofonte, destinado á triste ayuda de Locusta, la implacable señora del mundo confabulaba en su perversa inteligencia los medios mejores de propinar el veneno á Claudio y escogía uno de aquellos banquetes nocturnos, en que la confusión quitaba espacio á las observaciones y el espíritu con su conciencia se apagaba y extinguía en mares de vino. El hartazgo, la borrachera, el placer, la voluptuosidad, el vicio convidaban al crimen. Un templo, una Escuela, un Senado, los lugares que algún ideal consagra y que subliman el espíritu á los altos pensamientos, de donde provienen las grandes acciones, convidan á la virtud y refrenan todos los malos instintos, sobreponiendo á lo que hay en nosotros de bestial todo aquello que hay en nosotros de divino. Pero en una orgía brota por su propia espontaneidad el crimen como en laguna ponzoñosa la fiebre. Las armonías y las esencias disueltas en los aires; el perfume de tantas cazoletas y el aroma de tantos ramilletes; los juegos de gladiadores desnudos, provocando la voluptuosidad femenil con sus estatuarias actitudes y con sus evocaciones á la muerte que tanta relación tiene con el amor; las danzas de aquellas bailarinas, cuyos cuerpos se cimbrean al compás de los acordes más eróticos y cuyos ojos despedían fuego de las abrasadoras pupilas; el verso sensual de los poetas epicúreos en que la vida con el placer se identifica y á pasar la vida entre besos de rojos labios y tragos de rebosantes copas se convida en seductores hexámetros; la embriaguez universal respirada con facilidad hasta por los poros del cuerpo resultarán siempre naturales cómplices del crimen. Así es que Agripina tenía ya preparado el escenario de su tragedia cuando aparecieron Xenofonte y Vitelio.

— Bien venido seas.

— Bien hallada la emperatriz.

— Te necesito.

— Estoy á tus órdenes.

— Tú podrás comprender cuán urgente debe ser el caso cuando te traigo aquí antes de amanecer.

— Sí, Vitelio me acaba de sosegar, pues creíste presa de una súbita enfermedad, cuando á estas horas me llamabas.

— No he menester que cures á un enfermo, he menester que mates á un sano.

— Estoy á tus órdenes.

— Pues si á mis órdenes te hallas, necesito recordarte las imposiciones con que mi afecto grava de suyo á todos mis amigos.

— Cualesquiera que sean las cargas impuestas por tu soberano imperio á mi humildad y modestia, yo sabré levantarlas sin esfuerzo.

— Son muy terribles.

— Dilas.

— Necesito que me ayudes en una empresa muy temeraria.

— Te ayudaré.

— ¿Tendrás para ello ánimo?

— Agripina, para saber si tendré ó no ánimo precisa que me confíes la empresa.

— Yo necesito acabar con una vida.

— Pues acaba.

— Pero tú has de ser instrumento mío.

— Lo seré.

— ¿Sin vacilar?

— Sin vacilar.

— Bien.

— Ya sabes mis ideas acerca de vuestro poder imperial y de nuestra debida obediencia. Vosotros lo podéis todo, y nosotros tenemos la obligación de servirlos en todo, sin preguntaros las causas y motivos de vuestras determinaciones y actos, no queriendo ni conocerlos ni juzgarlos, en guisa de instrumentos inertes en sí mismos y dóciles á la mano que los emplee y que los esgrima.

— Pues bien, te necesito para...

Y Agripina se detuvo aterrada de su propia obra y balbuceó contra toda su costumbre:

— ¿Para qué?

— Para deshacerme de Claudio.

— ¿De Claudio?— y Xenofonte retrocedió con tal violencia que pudo caerse de espaldas en el brusco retroceso: tan grande salto diera.

— ¿Te has asustado?

— Agripina, ignoro qué te diga.

— ¿No me creías capaz de un acto así? Pues conviene al Imperio; y cuando una cosa cualquiera conviene al Imperio, no me paro yo en barras, no discuto acerca de su justicia y de su bondad; lo hago, y concluído.

— Yo no puedo dudar de que á tus planes convenga la muerte de Claudio, y creo, como lo crees tú, que la muerte de Claudio conviene á la prosperidad y á la salud del Imperio. Tú puedes cuanto te plazca decir sin que lo conteste yo; y hacer cuanto te plazca sin que yo te contraste y te contenga, no digo con oposición cualquiera, con las menores observaciones. Pero...

— Ya está el pero ahí, ese pero que me desatina cuando cualquier orden doy, ese pero incognoscible á los inmortales.

— Pues decía que debieras escoger otro instrumento.

— De ninguno puedo como de ti usar, — dijo Agripina.

— Tengo con el emperador excepcionales obligaciones.

— ¿De veras?

— El bien hecho á Rodas.

— Pero ¿así estás al cabo de lo que aquí sucede?

— ¿Podrás negarme, Agripina, tal categórico aserto mío?

— Pues ¡no he de negártelo!

— ¡Agripina!

— En Roma sin mi permiso nada se hace.

— Verdad.

— Pues, Xenofonte, sé lógico: si en Roma sin mi permiso nada se hace, lo de Rodas nunca se hubiera hecho de no haberlo permitido yo.

— Tienes razón.

— Y si por mí se ha hecho, conmigo estás obligado por el agradecimiento, no con el emperador.

— Tienes razón.

— Y si conmigo estás obligado por el agradecimiento, á mí has de obedecer en toda eventualidad.

— No lo niego.

— Y si has de obedecerme, según acabas de decirme, como un dócil instrumento, sin preguntar por el móvil que te impulsa y por la mano que te esgrime, ¿cómo ahora opones observaciones y ar-

gumentos á una orden mía, tan terminante como que ayudes con tu sabia cooperación á la muerte de Claudio?

Y Agripina se había enfurecido á esta sabia gradación de sus propios argumentos, que su cuerpo, tanto como su palabra, decía dónde iba de seguro á llegar su cólera, si la resistían ó la contrataban en aquellos críticos y extraordinarios momentos. Con efecto, estremecíase como si la sacudieran mil rayos. Los dientes le rechaban. Le ardían las mejillas. De sus ojos airados relampagueaba culebreos eléctricos terribles como de una tempestad moral. Podían oírse los latidos del corazón y de las sienas muy semejantes á los martilleos de sendas fraguas. Y una especie de sanguinolento esputo le asomaba por los labios, como aquellos que los epilépticos escupen cuando los espasmos de su grave mal mueven y agitan sus cuerpos en tan terribles sacudimientos. Por consecuencia no había más que obedecerla, y obedecerla sin chistar, cual obedece un objeto falto de voluntad y de conciencia. Xenofonte supuso que si él no mataba con sus medios científicos á Claudio, Agripina lo mataría de seguro á él; y en estos tiempos de los universales terrores, nadie piensa en otra cosa que en salvarse á sí mismo, y nadie hace más que cuidar de su persona, desarrollando hasta sus últimos extremos los egoísmos á la continua notados en incendios y naufragios, cuando la muerte á muchos amenaza y cada cual sólo piensa en su salvamento y en la conservación de su propia salud y de su propia vida. Pasar de las objeciones á las complacencias podía parecer difícil en otros tiempos y en otros temperamentos; pero en esta edad terrible de la servidumbre del alma y del imperio absoluto de los césares, nada más natural. Tras largo silencio, en que parecía Vitelio una estatua, Xenofonte un mudo reconcentrado en sí mismo, Agripina una fiera cuyos resuellos esparcían por todas partes un espanto terrible, la conversación se urdió de nuevo entre la emperatriz y el médico en tonos diversos de los empleados anteriormente, gracias á las complacencias con que Xenofonte trató de calmar á la exaltadísima señora. Tales fueron en calidad estas complacencias y tantas en número, que Agripina se convenció de la ductilidad extrema del instrumento, é hizo cuanto estuvo en su mano para emplearlo y esgrimirlo con verdadero arte. Muy enseñoreada siempre de sí misma, sabía cambiar de actitud y de gesto

y de tono al menor mandato de su voluntad externa, y convertirse de feroz como una hiena, en juguetona y cariñosísima como una gata. Fortificada en la convicción de que la obedecería el físico de su casa como ella quisiera, excusó lo mismo que mandaba, y lo amortiguó cuanto pudo, como si en el ánimo aquel no cupiese ningún remordimiento, y pudiese presidir á sus actos, cuando de conservar la propia vida se trataba, ningún escrúpulo.

— A la postre — iba diciendo Agripina en tono muy dulce, — no he menester yo que tú me des medio ninguno de acabar con Claudio; tengo yo todos los necesarios á mi disposición y arbitrio.

— ¿Te los has procurado?

— Me los he procurado por medio de Locusta. ¡La envenenadora!

— De nuestros ojos desapareció, cual si la tierra se la hubiese tragado en persona.

— Pues la guardaron los césares para matar misteriosa y calladamente, cual matan en la Naturaleza los elementos destructores, y ahí la tienes matando, como un efluvio mortal, á los mismos que la retuvieron y que la guardaron.

— ¡Bien, bien, bien! — dijo estremeciéndose como á un escalofrío Xenofonte. — ¿Qué quieres, Agripina, en esta obra y en estos momentos? Dímelo con celeridad para disponerlo todo á tu gusto y medida con la presteza que tú desees dar á casos de tal gravedad.

— Pues bien; deseo que veas la cantidad de veneno propinable, á fin de que pueda vivir Claudio veinticuatro horas entre la toma del brebaje y la postrer agonía, suficiente y aun sobrado espacio al arreglo de todos los preparativos del debido logro de mi deseo; que sea el emperador aclamado Nerón y no Británico, pareciendo, á pesar de haber designado á éste su padre, que se cumple la voluntad plenísima de Claudio y el voto libre de las legiones pretorianas y del pueblo rey. Yo quiero que tú estés en el festín cerca de mí con todos los medios indispensables, bien al aceleramiento de la muerte, si yo lo creo necesario, bien á su detención, si la creo yo necesaria también. El plan está pensado con madurez; y para puesto en obra y en acción, únicamente necesita que lo auxilies y lo prospere, Xenofonte, con todos tus recursos.

— Hágase tu voluntad — dijo el doctor.